

fogosidad, atacó la gran batería. Ni el parte de Calleja, ni el detall de los Cuerpos realistas, ni las noticias tradicionales que sobre esta batalla nos han quedado, ministran los datos suficientes para seguir todas las evoluciones del ejército; pero sabemos, sí, que después de cuatro horas de un combate obstinado y sangriento, la victoria parecía favorecer á los jefes de la Independencia. El fuego de la batería principal, el ataque sostenido de la infantería, cuyos tiros eran secundados por multitud de piedras y de flechas, y el recio encuentro de la caballería, tenían, después de dos horas de combate, reducida á la división del Conde de la Cadena al mayor apuro. Fatigada la tropa y escaseando las municiones, se había visto en la terrible precisión de retroceder y hacerse fuerte en su retaguardia:

(1) allí la artillería, viendo acabarse su parque, sostenía ya apenas un fuego lento: desordenada la infantería, buscaba más ya la retirada que el combate, y los dos Regimientos de dragones de Puebla y San Luis que se sostenían contra todo el grueso del ejército enemigo, comenzaban á retroceder, (2) cuando se advirtió que Calleja, apercibido de aquel desastre, mandaba una fuerte división, compuesta del 2o. Batallón de Granaderos, los dos Escuadrones de caballería del Cuerpo de Frontera y los dos cañones del Parque, al mando del primer Ayudante, Don Bernardo Villamil. Sin el extraordinario valor de Flon, y las ventajas de la disciplina, el combate hubiera terminado en aquel momento. Allende trataba de aprovecharlo, y mandó que la división de Torres continuara sus ataques con el mayor empeño, y que la caballería se precipitara sobre la indecisa fuerza de Flon. Dos veces se tocó á degüello, y dos veces la caballería fué rechazada, porque el fuego de la artillería no causaba todos los estragos que debiera, porque las cureñas de los cañones eran bastante imperfectas y no podían dirigirse bien con ellas las punterías,

(1) Extracto del parte de la infantería.

(2) Parte de Calleja.

y porque, además, los Cuerpos de infantería no tenían la disciplina necesaria para vencer aquella resistencia de fuerzas perfectamente instruidas y organizadas. Estas circunstancias fatales que por dos veces impidieron la victoria, dieron tiempo á que Villamil llegara dirigiendo los fuegos de su artillería, con lo que la batalla se restableció, salvando á la división del Conde de la Cadena, de una derrota casi segura. Pero los independientes no cedían, y habiéndose incendiado á poco con los fuegos un gran pajonal que había en el campo, (1) Allende quiso aprovechar aquella circunstancia y mandó que en el acto el grueso de la caballería é infantería de fusil dieran un recio ataque á la división; pero lo resistió la

(1) El incendio del zacatal y la explosión del carro de la pólvora, han sido explicados de diversa manera. Torrente, que lleva su parcialidad hasta un extremo ridículo, calla esta circunstancia, que disminuiría el mérito de su héroe, y nada dice de ella el señor Zavala. El Dr. Mora omite el incendio del parque, y atribuyéndolo al pajonal á la descarga simultánea de las sesenta y siete piezas en los últimos instantes de la batalla, lo da por principal causa de la derrota. El señor Bustamante, dando igual importancia al incendio del pajonal, lo atribuye al del parque. Yo he procurado examinar este punto con todo detenimiento, y me parece incontestable que hubo en efecto un carro incendiado y un pajonal en el que prendió el fuego. Testigos oculares de aquel suceso me han referido que vieron los estragos del carro, y que encontraron multitud de muertos y heridos por él; de suerte que en este hecho no me cabe duda, y como el pajonal no podía haber causado estos estragos, parece indudable que es inexacta la relación del Dr. Mora. Además, si como este señor supone, el incendio del pajonal se hubiera verificado en los últimos instantes de la batalla, que fué cuando dispararon á un tiempo las sesenta y siete piezas de la gran batería, este suceso no hubiera podido influir en la batalla, porque en

sección de Villamil, haciendo que la infantería cargara á la bayoneta yendo á carrera, formando en batalla y protegida por la caballería. Este movimiento, y la circunstancia de que el viento arrojaba el fuego y el humo contra el frente del ejército mexicano, hicieron que después de disputar largo rato la victoria, se replegase á su antigua posición; sin que las fuerzas enemigas pudieran aprovechar esta ventaja, porque, demasiado fatigadas ya, y habiendo consumido las municiones, se limitaron á guardar su campo, haciendo una resistencia cada vez más débil, y que más presagiaba la derrota que la victoria.

Durante este tiempo, la división española de la derecha estaba en los mayores apuros. El General Empáran, avanzando con

aquel mismo instante la caballería y la artillería de los españoles estaban á tiro de pistola de la batería americana, y obraron con tal celeridad que los cañones cargados á metralla no pudieron dispararse. Por esta misma circunstancia creo también que debe rectificarse la relación del señor Bustamante, como yo lo he hecho, poniendo el incendio del parque al fin de la batalla, que es cuando en efecto sucedió, y el del pajonal en la acción particular entre el Conde de la Cadena y la división de Torres. En esta explicación se concibe perfectamente lo que era tan difícil de combinar, en el supuesto de que el incendio del parque hubiera causado el del pajonal, es decir, que el fuego y el humo hubiesen dado contra el frente del ejército independiente, cuyos carros de municiones deben considerarse colocados detrás y no delante de sus filas; y además, está apoyado en un documento de mucho crédito, en el extracto que el Mayor general de infantería hizo de la relación dada por el Teniente Coronel Don Joaquín del Castillo, en cuyo parte se habla del incendio del campo, en el lugar y con las circunstancias que yo lo he adoptado. Y debo agregar que este incendio se verificó también en la tercera batería, y en muchos otros puntos del campo de batalla.

su división, había tomado la espalda de la tercera batería, sobre la cual se dirigían también los fuegos de la artillería de Calleja, y lejos de lograr que se desconcertase la fuerza situada en aquel punto, encontró en ella una resistencia tenaz y obstinada. La artillería había hecho un fuego incesante sobre la caballería, y ésta, desconcertada por tanto valor, por la multitud de enemigos, y por la circunstancia de estar muy mal herido el mencionado general Empáran, cedía ya cuando la división que había quedado á las órdenes de D. José María Jalón marchó con toda celeridad á auxiliarla. Aquellas tropas de refresco vadearon el río teniendo el agua hasta la rodilla y llegando al campo en el momento de la derrota desplegaron en batalla su izquierda, y poniéndose en el intermedio de la caballería casi vencida y del ejército independiente, cargaron á la bayoneta, y con aquel movimiento hábilmente combinado, arrebataron con torrentes de sangre (*) la victoria que los gloriosos campeones de la independencia creían alcanzar por segunda vez. Con todo, no por esto cedieron: Aldama y Portugal que defendían aquella línea, mandaron sobre ella un nuevo refuerzo que ya no llegó al campo, porque el estado de la batalla exigía del jefe realista un movimiento rápido, general y decisivo.

En efecto, después de tantos y tan sangrientos como obstinados combates, la victoria sonreía aún por tercera vez al ejército independiente. En la gran batería de la derecha, después de cinco horas de combate, el conde de la Cadena, sin poder adelantarse un paso, se limitaba á guardar su posición en espera de auxilios y municiones, mientras que las fuerzas de sus enemigos sin cesar reforzadas suplían la disciplina con el brío. A la izquierda Empáran, gravemente herido, y apenas escapado de la derrota, estaba acometido por las fuerzas

(*) Este combate fué muy sangriento, y en los partes se asegura, que en la infantería de Jalón no había una sola bayoneta que no estuviese manchada de sangre.

que volvían contra él, mientras que una fuerte división se dirigía con objeto de cortar los equipajes del ejército realista y ponerlo entre dos fuegos; operación dispuesta por Allende, y que verificada debía poner en confusión y completa derrota á las fuerzas todas de Calleja. Este conoció la enormidad del peligro, y se decidió á hacer un último esfuerzo, concentrando toda la acción en la batería principal del ejército independiente y aventurando á un golpe instantáneo y decisivo la suerte de aquella batalla, cuya prolongación le era funesta por la superioridad del número y el indomable valor de sus contrarios. Se puso al frente de toda la reserva: reunió la división de la derecha, y pasando el puente fué á reunirse con la división de Flón que estaba en los últimos apuros, y en la que su presencia infundió valor y su prestigio consiguió reunir á los dispersos. Los independientes replegaron en el acto su campo sobre el punto de la batalla, y allí comenzó el combate. Las divisiones de Calleja y Flón, y las de Abasolo y Torres, estuvieron en un momento la una en frente de la otra, y comenzaron un combate sangriento, en el que los americanos no cedían un palmo de tierra. Mas Calleja, que tenía resuelto avanzar, lo arriesgó todo y se adelantó, mandando por delante sus diez cañones de batalla, los que seguidos del batallón de Granaderos y el regimiento de la Corona, tomaron la izquierda por la orilla de la barranca en que estaba apoyada la batería principal: el batallón de Patriotas y los cuerpos de caballería marchaban al mismo tiempo por la derecha, protegiendo el paso de la división de Empáran que en aquel acto desembocaba por el puente: un momento después, aquél por la retaguardia de la derecha y Flón por la de la izquierda se dirigían también á la batería principal, y de esta manera el ejército todo se batía entre el puente y la loma.

El independiente doblaba sus fuerzas con su valor. Abasolo cargaba por detrás: Aldama se dirigía con su división á proteger

la batería, y Torres defendía ésta con una gran serenidad de ánimo. La batalla era general y terrible, y hacía ya un cuarto de hora que los dos ejércitos á medio tiro de fusil se atacaban con un furor recíproco, sin ceder ni uno ni el otro, cuando una granada cayó en un carro lleno de municiones del ejército mexicano, é hizo en su campo una explosión tremenda. Multitud de hombres perecen incendiados: las fuerzas próximas al lugar de la catástrofe se desconciertan, y Calleja aprovecha el momento: la caballería se precipita por la izquierda; por la derecha avanza Ortega, Comandante de la artillería, y detrás de él la infantería ataca á la bayoneta, cargando en batalla y á la carrera. El ejército independiente, aterrorizado con la explosión del carro de municiones, incapaz de poder dar dirección á las piezas de la gran batería, y atacado por un movimiento veloz, se vió estrechado teniendo á su espalda una inmensa barranca y por su frente un ejército de 6,000 hombres bien disciplinados y armados. No pudo resistir, y este fatal momento decidió de la victoria. Las piezas cargadas á metralla no llegaron á dispararse, y las fuerzas que guarnecían la batería principal tomaron la huida; en tanto que Abasolo, Allende y Aldama se retiraron batiendo al ejército español, impidiéndole que persiguiese á los fugitivos, y apoderándose de la última batería prolongaron allí bastante tiempo la resistencia, hasta que cediendo ya al número, á la disciplina y á la fortuna, se retiraron tranquilamente del campo de batalla, teniendo el tiempo necesario para recoger sus equipajes, y organizar las pequeñas secciones con que marcharon después para Aguascalientes.

El enemigo no pudo atacarlos en su retirada (*), y un solo hombre, el conde de la

(*) Torrente, que es sin duda uno de los peores historiadores que se conocen, no sólo calumnia á Allende, suponiendo que se retiró del campo de batalla dejando abandonadas en él sus tropas, sino que asegura que

Cadena, á cuyo corazón no bastaba la sangre derramada y que ciego en su furor se dirigió con solos doce dragones, para continuar su carnicería en los vencidos que huían, encontró bien pronto una muerte horrible y demasiado merecida. En el día de la victoria un cadáver livido, demigrado y lleno de heridas, era todo lo que quedaba en el campo de los vencedores del feroz asesino de Guajuato. Guadalajara vencida, entregada sin piedad á la venganza de sus crueles vencedores, era el objeto con que su saña se había deleitado muchos días antes, y así la ciudad inerme tuvo un consuelo al saber que su verdugo ya no podría perseguirla. Pero Calleja y Cruz le quedaban todavía. El primero hizo fusilar en el campo de batalla ciento y tantos prisioneros que se habían tomado (*), reservando otros doscientos para ostentar su triunfo en Guadalajara, en cuyo lugar los diezmo; y Cruz iba á tomar el mando de la Nueva Galicia, donde después de diezmar las poblaciones y sacrificar multitud de inocentes, debía huir como un cobarde á la proclamación de la independencia.

el ejército realista no dió alcance porque "las masas que huían eran tan compactas é inamovibles, que la caballería no tenía claros por donde pasar."—Este hombre es mal historiador y peor novelista.

(*) Esta noticia me la ha dado una persona respetable, que asistió á aquella memorable batalla, y la misma me ha asegurado que la pérdida del ejército independiente en la batalla, no pasó de 500 hombres muertos. La del español, según los partes, fué de 50 muertos y 125 heridos. El Dr. Mora dice que los primeros pasaron de 500, y Zavala asegura que en el ejército independiente perecieron 18,000 hombres. Como este guarismo está expresado por número, creo que por error de imprenta hay un cero más; antes que suponer que un hombre como Zavala cometiese tamaño error. Aún el cálculo de 1,800 me parece exagerado, y está deducido sin duda de los partes del ejército español, que dicen una cosa equivalente.

IV.

La batalla de Calderón, tan grande y terrible en la historia, ¿cómo no será un manantial de sentimientos dolorosos y de pensamientos profundos, cuando sobre aquel suelo consagrado por la sangre generosa de tantos héroes, se ven todos los lugares en que la suerte del combate se decidió por recios encuentros, y la imaginación nos trasporta á aquel día de heroísmo y de infortunio? Yo me auguraba ver los esfuerzos prodigiosos de la multitud que allí combatió. Miraba á los solos cuatro meses de proclamada la emancipación, un ejército con cien mil hombres y cien piezas de artillería, ir á batirse con una división bien disciplinada. Contemplaba cómo aquellos hombres desnudos y sin armas lucharon seis horas sin retroceder, ante las baterías que los segaban á centenares. Me figuraba á los nobles jefes de la independencia dirigiendo el combate, supliendo la ciencia de los ejércitos con el instinto de la libertad, y separándose los últimos del campo de batalla, para ir á continuar la santa lucha, hasta que su sangre preciosa se vertiera en los cadalsos; y entonces ¡cuán grandes me parecían los héroes de mi patria, y cuán pequeños los que sin haber participado una chispa de su elevado patriotismo, han querido obscurecer su memoria, reprochando les los errores de la época y las dificultades naturales de aquella lucha; como si ellos no hubieran aprovechado todos los elementos de que pudieran; como si no hubieran hecho todo lo que el valor y el patriotismo podían hacer, y como si los hombres á quienes no ha sido dado figurar dignamente en el obscuro horizonte de las discordias civiles, tuvieran derecho de tocar una sola hoja del laurel de los mártires de la independencia!

Siempre he creído que la generación que venga, y que compare á las dos que le han precedido, y cuya herencia habrá de recoger, dirigiéndonos apenas una mirada de compasión, consagrará un culto puro y acendrado á los que destruyeron la obra de Hernán

Cortés. ¡Qué obra! ¡Qué hombres los que la demolieron!

En aquel lugar recordaba yo que allí mismo había estado Torres, honrado y sencillo campesino, que abandonó su familia y sus comodidades para seguir el estandarte peligroso de Dolores, y que vencedor en Guadalupe, no derramó la sangre de los vencidos, ni hizo verter lágrimas á las familias de los que persiguiera. Torres, al mismo tiempo que Calleja entraba á degüello en Guanajuato, y que Plon inundaba de sangre á Granaditas, dió libertad á todos los prisioneros, y garantías á todos sus enemigos, en la ciudad misma, en la que poco después se le paseó por vilipendio en una carreta, exigiéndole que levantara aquella mirada que debía aterrar á sus asesinos. "Yo no tengo, dijo, por qué bajar los ojos, y sin necesidad de ese instrumento los llevaré altos." Con la misma serenidad subió á la horca, en la que su cadáver permaneció expuesto, hasta que se le bajó para dividirlo en trozos, que se clavaron en varios parajes de la ciudad. Este fué el gobierno español en la guerra de independencia.

Torres murió como un héroe, por el ingrato país, que todavía no inscribe su nombre glorioso en el lugar destinado para recordar el de los campeones de la Independencia; y sus asesinos han arrastrado y llevarán hasta el fin de su vida el enorme peso de aquel crimen nefando. (*) La suerte de Torres me inspiró mil reflexiones melancólicas sobre el triste fin que por lo común han tenido en el mundo la virtud y el heroísmo.

Más adelante estaba el campo en que combatió Abasolo, hombre que, como Torres,

(*) Torres murió el 23 de Mayo de 1812. Los ultrajes que se le hicieron en su entrada, y los horribles términos de la sentencia, fueron en realidad la obra de Cruz; mas aquella la firmaron Don Juan J. de Sousa y Viena, Don Francisco Antonio de Velasco, Don Manuel García de Quevedo y Don Domingo María Gárate.

había libertado de la muerte á multitud de españoles, para sufrir como él el peso de su ferocidad. La historia del noble y valiente Abasolo, cuyas cenizas descansan en una mazmorra extranjera, y la de su heroica esposa, son uno de los episodios más tiernos y sublimes de aquella lucha. Mis lágrimas cayeron sobre los lugares que me recordaban tan vivamente su memoria. ¿Y cómo olvidar la de Allende? ¿Cómo no pensar en el jefe denodado de aquella batalla? Hidalgo, acusado de los malos sucesos de su causa, por la natural división de los jefes de una empresa desgraciada, había dado una relevante prenda de su desprendimiento, cediendo á Allende el mando y todas las disposiciones del combate, del cual se mantuvo retirado con el Cuerpo de reserva, á más de una legua del campo de batalla.

Hidalgo, Aldama y Allende fueron los primeros autores de la Independencia. Sólo los tres, en la casa cural de Dolores, habían pesado la suerte de la patria, en la noche para siempre memorable del 15 al 16 de Septiembre de 1810, y entonces, desconcertados en sus proyectos, perseguidos ellos y presos ya sus compañeros, Hidalgo, con voz de trueno, anunció que era llegada la hora de quebrantar las cadenas, y sólo con cinco hombres emplazó para un combate de muerte á un poder terrible. Yo no sé que la historia refiera algo que se parezca á esto, y por ello he creído siempre que Hidalgo y sus dos compañeros de aquella noche eran grandes, colosales en la historia. Los tres emprendieron aquella guerra y los tres vieron disiparse á los cuatro meses sus esperanzas en el campo funesto en que me encontraba. Aquí, decía yo, la victoria les sonrió: aquí pudieron creer un instante realizadas sus esperanzas, y aquí también tuvieron que medir su grande alma con el infortunio. ¿Cuáles serían los sentimientos que agitaban á Abasolo y á Allende cuando al frente de sus filas hacían caer las de los opresores de su patria, y cuando resistiendo su choque veían en su esfuerzo y su disciplina, el signo precursor de la vic-

toria? ¡Qué horas también las que Hidalgo pasó oyendo el estrépito de la batalla, y sabiendo sus variables nuevas!....

Yo pensaba en todo esto: yo recorría todos los lugares en que creía que hubieran pasado los sucesos más importantes de la batalla, figurándomelos con la imaginación, y llena el alma de pensamientos dolorosos y de ideas melancólicas. Después, en la mañana misma, procuré encontrar alguna de las piezas desbarrancadas en aquella batalla, y no encontré ninguna: probablemente estos monumentos únicos que han quedado en aquel campo de tan terrible suceso, estarían ya enterrados en el polvo de tantos años. Ví también una multitud de piedras sobre las que en otro tiempo se levantaban unas pequeñas cruces de palo, y en las cuales el vulgo creía que se habían recogido las osamentas dispersas de los cadáveres que quedaron insepultos en aquellos sitios, y retirándome después al rancho, hablé de aquel acontecimiento, esperando encontrar algunos recuerdos tradicionales que nada nuevo revelaban, y que con todo, tenían para mí no sé qué de sorprendente y solemne, escuchándolos en el lugar en que se habían verificado, y de la boca de los que habían de ellos un recuerdo diario.

V.

En la noche la luna brillaba sobre el firmamento. Millares de estrellas lucían sobre aquel cielo purísimo, y una calma profunda reinaba en los contornos. Me acerqué al puente, y sentado en una piedra de él, pasé largo tiempo revolviendo los recuerdos del día, y pensando sobre todo en las tremendas noches que en aquel mismo lugar pasaron los dos ejércitos, la víspera y el día de la batalla. En la primera, más de cien mil hombres, en la flor de la vida y con el corazón lleno de esperanzas, estuvieron allí, pensando todos en el combate y en la victoria, y los más de ellos en la grande obra de libertad y de justicia, que esperaban alcanzar con su valor y su vida. Al día siguiente, el tigre descansaba ya después de

haber devorado su presa: miles de hombres huían despavoridos con el terror de la derrota: los jefes de la Independencia se retiraban con el corazón lleno de pesar, acercándose al lugar en que debían hallar fin sus días preciosos; el campo estaba lleno de cadáveres, empapado de sangre, cubierto con los escombros de la batalla, y en él existían sólo, vivos, aquellos á quienes la victoria había favorecido, y los que prisioneros en sus manos, se guardaban para servir al orgullo de los vencedores en su entrada triunfal, y satisfacer después su sed implacable de sangre. ¡Cuánto infortunio y cuántos dolores en este horrible drama! Lo que entonces sentí, no puede describirse, porque á pocos hombres ha dado Dios la facultad sublime de revelar lo que hay de más íntimo y de más tierno en el corazón humano. Pero yo jamás olvidaré aquel día, en que á la pálida luz de la luna y con los ojos humedecidos por una emoción profunda, fijos en el teatro del tremendo sacrificio, mi corazón preguntaba á la Providencia: ¿si tantas lágrimas, tanta sangre y tanto heroísmo serían inútiles, ó si bien llegaría un día en que la sangre derramada en Calderón produjera la libertad, como al cabo de diez años produjo la Independencia? En aquellos momentos, al menos mi fe en el porvenir de mi patria fué completa y segura, y mil otras ocasiones ha servido de consuelo á mi corazón, el pensar que Dios no abandonaría jamás la causa, por la cual quiso que se vertiese tanta de la más noble y más pura sangre que ha habido sobre la tierra.

MARIANO OTERO.